

# OVIDIO.

SUS OBRAS.

CAUSA DE SU DESTIERRO,

POR

D. LUIS JENÉ GIMBERT.

---

C-VIIH  
PSOL-4/0004

OVIDIO.

---

Al eminente Profesor, gloria  
de su estirpe, conspicuo Maestro  
y Jefe de la juventud, D. Don  
Don de San Román Malde-  
rado de Sangre Castellana,  
Corno recuerdo de nuestra expe-  
dición en Barcelona a 1875,  
el he eterno de nuestra jer-  
manía, su amigo, compañeros  
y hermanos que le abraza,  
El autor.

# OVIDIO.

SUS OBRAS.

## CAUSA DE SU DESTIERRO.

POR

D. LUIS JENÉ GIMBERT,

CATEDRÁTICO DE RETÓRICA Y POÉTICA, CORRESPONDIENTE DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, ETC.

Comendador de Carlos 3<sup>o</sup> por  
servicios a la enseñanza.



LÉRIDA:

IMPRESA DE JOSÉ SOL TORRENS.

1881.

*Dedico este sencillo trabajo á la dulcísima memoria de mi difunta madre, que gloria goze, y como homenaje del amor y respeto que profeso á mi padre, ya que ellos, despues de Dios y la Virgen Dolorida, son el alfa y la omega de mi entrañable cariño.*

LUIS.

# OVIDIO.

---

**S**i cuanto concierne á la vetusta Roma se presenta ante nuestra imaginacion revestido de cierto carácter de austeridad y grandeza, al tener que explicar el punto que sirve de lema á nuestro trabajo, se entreabren nuestros labios y sonreimos agradablemente, contemplando la noble cuanto voluptuosa figura del poeta Ovidio, cuyo celebrado destierro y su causa debemos estudiar.

Antes de descender á fijar las diversas conjeturas que sobre las causas de su destierro han sentado los críticos, y la que á nosotros nos parece más fundada, séanos permitido apuntar breves noticias sobre su vida y sus obras, porque teniendo una y otra íntima relacion con nuestro tema, sirven á veces para explicar lo que parece á primera vista un extravío del hombre.

Publio Ovidio Nason, natural de Sulmona, en el Abruzo, nació el 20 de Marzo del 711 de Roma (43 años ántes de J. C.), perteneciente á una familia rica y del orden ecuestre; recibió una brillante educacion, no sólo en Roma, sinó tambien en la antigua «Sala de Estudios», como entónces se llamaba á la Grecia, habiéndola completado en viajes á Sicilia y al Asia Menor. Dirigido por Latron, Plocio Grippo y Aorelio Fusco, estudió en Roma las bellas letras y la oratoria. Su rango, su instruccion y su talento le abrieron pronto la entrada á cargos importantes en la magistratura; pero muy jóven todavía, abandonó esta carrera para entregarse á la poesía, su pasion favorita, y porque, como él mismo nos dice, la administracion de justicia imponia dificiles obligaciones que llenar.

Las musas se guardaban celosas del génio de nuestro poeta.

Ya se habian dejado oír los cantos armoniosos de Lucrecio, Catulo, Propercio, Horacio y Virgilio, entre los belicosos romanos, que, sedientos de bellezas literarias, sólo eran sus composiciones, vivas reproducciones helénicas.

Y si deseásemos demostrar que al aparecer Ovidio en el campo de la literatura y en sus circunstancias, sólo le quedaba que dedicarse al género que cultivó, bastaria recordar, que las importaciones del arte no conservaban en esta época sinó un corto tiempo su esplendor primitivo: la civilizacion misma del pueblo rey no fué más que pasajera. Roma no guarda de sus conquistas en el Oriente, más que el lujo y el gusto á los placeres que le trajeron aquellos ricos, pero bien funestos despojos de la Grecia.

El brillo de las letras se extinguia en parte con

los grandes maestros que las habian cultivado. La lengua perfeccionada por estos mismos, perdió á la par que en concision armoniosa su severa pureza y elocuente precision. El espíritu suplía al sentimiento y el lujo desvirtuaba las cosas naturales. Los primeros escritores habian casi todos desaparecido de la escena; los placeres reinaban en la inmoral Roma. Ovidio concibe que es muy difícil, sinó imposible, ni aún al más grande génio, luchar contra la corriente de la opinion. Celoso de su renombre, ensaya el abrir un camino desconocido. «*Juvat novos decerpere flores*».

Teniendo el poeta la fuerza de sus convicciones, se sintió digno émulo de los que le habian precedido; mas comprendiendo que no se podia sobreponer á ellos, aprovecha hábilmente las disposiciones de espíritu y los gustos de sus conciudadanos, y abraza un camino más libre que el de sus maestros.

Sus celebradas obras nos le hacen considerar como trágico, elegiaco, didáctico, y como autor de un poema descriptivo.

La diversidad de sus obras muestra bien la facilidad con que su génio se acomodaba á todos los tonos, y como su feliz imaginacion abarcaba todos los asuntos.

Como poeta trágico, sólo se puede decir que la *Medea*, de que tan orgulloso se muestra, y que Quintiliano elogia tambien, no ha llegado hasta nosotros, y por ello no se puede hacer otra cosa que citar el hecho tal como se encuentra referido.

Brillante cultivador de la elegía, supo vivir en el mundo ideal del arte, mejor que todos los demás elegiacos latinos. En sus *Amorum libri tres*, compuesto de cuarenta y nueve elegías, es original en toda la

extension de la palabra. Ni imita á los griegos, ni sigue las huellas de los latinos.

Ménos tierno que Tibulo, es más original y ménos casto todavía que Propercio; es el héroe de sus elegías, encontrándose en éllas un diario de sus aventuras, con las alegrías y los tormentos que le ocasionaban.

Es tan sensual como su época, y brilla por eso en éllas más que la pasión el libertinaje, más que la ternura el talento; recuérdese el retrato de la decantada Corinna, la supuesta Julia de algunos críticos, que no es para nosotros más que la imagen ideal y platónica que se forjaron los poetas del siglo de Augusto, la misma que dirige las inspiraciones de los Catulos, Tibulos y Propercios á sus Lesbia, Delia y Cintia. Pertenecen también al género elegíaco los cinco libros llamados *Tristium*, que abrazan cincuenta elegías, y los cuatro titulados *Ex Ponto*, los cuales no nos detendremos á examinar, por dedicar lugar preferente á su materia.

Veinte *Heroidas* nos quedan de Ovidio, que aún en su pluma, no son éstas composiciones digna ofrenda de las musas, porque no puede haber ni verdad ni espontaneidad.

El sentimiento de los héroes amantes es calculado; y Ovidio, por demás aficionado á las galas poéticas, hace alarde de sus conocimientos de Mitología y de su elevado talento, que no es bastante para salvar la monotonía inevitable de este género, falso, propósito para el versificador, pero indigno del poeta de sentimiento.

Se colocan en el grupo de obras didácticas las tres tituladas *Ars amandi*, *De remedio amoris* y *De medicamine faciei*.

Lástima grande es que, aunque haya enseñanza, sea tan menguada; y si Boileau cree que han sido inspiradas por el amor, se echa de ver en todas sus páginas que están llenas de consejos pérfidos, y que no deben ponerse en manos de los jóvenes, so pena de un gran detrimento moral. Con todo, por más que ofenda alguna vez lo obsceno de sus descripciones, el extravío del poeta se temple por lo ménos algo, al considerar que Ovidio no habla nunca en sus libros de las mujeres honradas, ni nos pinta los encantos de la mujer virtuosa.

El *Arte de amar* fué acogido con gran entusiasmo por un pueblo sensual y libertino, que recibía con él los preceptos de la galantería narrados con los encantos de la poesía. En este «Código de amor», que otros intitulan «arte de la seducción y del agrado», marcha hábilmente por entre escollos inevitables.

Á fuerza de arte, él cubre la desnudez de sus imágenes.

Su expresión viva y fina le disculpa algún tanto los relatos de sus delirantes pasiones; y si es cierto que toca hasta los límites de la decencia, si él alarma al pudor, no le ultraja jamás.

Profesor, Ovidio, de amor, proclama sus leyes, él descubre el velo de sus astucias; mas su delicado lenguaje y su brillante colorido, desarmen al que, enojado y lleno de entusiasmo moral por los desbarros del poeta, quiere hacer de sus obras una rigurosa censura. Mas cauteloso que sus contemporáneos, respeta su personalidad, no cayendo en el lodazal de las embelesadoras ficciones que pinta, puesto que para él son un vicio odioso; siendo punible defecto, que despreciando el libertinaje, glorificase al mismo en sus encantadoras obras.

Interesante para los romanos y para la posteridad es su obra los *Fastos*, en la que se dá la explicacion de muchos pasages de los clásicos, la designacion de los dias fastos y nefastos, el origen de muchas ceremonias religiosas, la dedicacion de los templos, el origen y los nombres de las divinidades á quienes estaban consagrados, los recuerdos más importantes de la historia profana,—tomados de los *Anales Maximi* de los *Gæsti Picti*, de que acaso son continuacion del tiempo de César los *Acta senatus et populi diurna*,—las observaciones astronómicas con pronósticos sobre el tiempo y acerca de los labores del campo, son el precioso contenido de este poema. Por último, vamos á concluir el relato de sus obras por sus *Metamórfosis*, monumento clásico de gran valía, bastando para descubrir el génio de Ovidio, si otra cosa no nos lo marcara, ver el arte infinito que guia su pluma, enlazando de una manera admirable, hasta el punto de formar un sólo recitado, doscientas cuarenta y seis fábulas mitológicas, divididas en diez y nueve libros y en más de doce mil versos. El objeto de Ovidio era hacer una explicacion de todas las creencias del pueblo romano desde el origen del mundo, ó desde el caos, á Julio César.

El interés dramático de muchas fábulas, el romanticismo que en otras campea, las reflexiones sobre la vida y las pasiones del hombre, harán cierta la profecía del autor, que aseguró que su obra no moriria al violento empuje de los siglos.

Los humanistas de la época del Renacimiento, dados á mirar las obras clásicas bajo el prisma de las ideas cristianas, vieron en este poema, que contiene un Génesis completo, algun recuerdo de las *Narraciones*

*Biblicas*, y por eso algunos designaron la obra de Ovidio con el nombre de *Biblia Pagana* ó *Biblia de los poetas*.

Como hombre, Ovidio descubre un carácter dulce y grato, que siempre le hace hablar bien de los demás, cualidad que le honra sobremanera. Durante veinte años el aura popular no le abandona; aplaudido en el teatro, recitando sus versos en medio de las sociedades ilustradas, era el ídolo de las damas, el consejero de la juventud, el cantor del placer de aquella córte, medio republicana, medio oriental, en que no faltaban aduladores; teniéndole las damas romanas en religiosa admiracion, deseando recibir del poeta favorito y del hombre elegante alguna frase que pudiera halagar sus vanas pretensiones.

Por todas partes su imágen estaba reproducida; las matronas la llevaban en sus ricos brazaletes, los senadores y caballeros en sus reglamentarios anillos. Todo le sonreía. Augusto le admitia en su palacio y se vanagloriaba de haberle hecho ingresar en las filas de los Caballeros Romanos; encontrándose en esta preclara institucion en dos circunstancias solemnes, á saber, cuando esta orden saluda á Octavio con el nombre de *Augusto* y cuando más tarde le confiere el no ménos ilustre de *Padre de la Patria*.

En este punto adelantado de nuestro trabajo, vamos á descender al que es el preferente de nuestro estudio, comprendido en el tema: «Explíquese la causa del destierro de Ovidio».

Admitido á la intimidad de Augusto, dichoso entre su familia, rico de favor y de gloria, Ovidio, cayó subitamente despeñado en un abismo de infortunio, del que no saldrá jamás, sirviéndole sólo para juntar

á su renombre la gloria inmarcesible de un martirio sin fin.

Han discutido largamente los eruditos, como si se tratara de un interés de la humanidad, para averiguar por qué falta Ovidio fué desterrado.

Costoso sería para nosotros sentar una nueva conjetura á las mil expuestas por los críticos; mas á fuer de defensores de una mala causa, que para nosotros está aún oculta, no pudiendo dar con el motivo del destierro, ni aún sus más minuciosos biógrafos, expondremos la que nos parece más verosímil y la que desde nuestra iniciación en el estudio de las Letras hemos seguido con más fé.

Corría el 20 de Setiembre del 763 de la fundación de Roma, año 8 de Jesucristo, cuando de repente fué desterrado nuestro poeta á Tomos, ciudad de la Mesia, sobre el Ponto Euxino, situada en los confines del Imperio, en un país bárbaro y completamente helado.

Fué todo su proceso un decreto privado del emperador, sin mandato del Senado, ni sentencia de tribunal alguno.

No infamaba al desgraciado, puesto que conservaba los derechos de ciudadanía y no se le confiscaban sus bienes. Era, pues, solamente *simple relegacion*; no era ni desterrado, ni deportado.

El autor del *Ars amandi* atribuye su relegación á la publicación de este libro; mas, si atendemos á que hacía diez años era las delicias de Roma y de la corte de Augusto, que él mismo repetía ó les leía los pasajes más libres de esta obra, siendo Augusto el autor de unos poemas eróticos, que, aunque cortos, el mismo Ovidio hubiera rehuído su inserción, por

lo libre é impuro de su contenido; si estudiamos la relajación de costumbres de su siglo, y vemos que el *Ars amandi* es el objeto de las pantomimas romanas y de lecturas públicas, convendremos en afirmar, que no pudo ser esta la causa de su destierro.

Unos se esfuerzan en demostrar que esta desgracia sobrevino al poeta por una causa política. Poderoso en el universo, Augusto, dominado enteramente por Livia, su segunda mujer, permanecía en su palacio muelle y desdichado: el imperio á su muerte pertenecía á Agrippa, esposo de Julia; mas la astuta Livia queriendo hacer heredero á Tiberio, habido de su primer esposo, hace á Agrippa sospechoso ante el emperador y es desterrado.

En la misma época es desterrada Julia, esposa de Agrippa, y Ovidio es relegado á Tomos, atribuyéndose esta proscripción comun y simultánea á la misma causa. Hay quien dice que el poeta había buscado el favor de Augusto para Agrippa; mas si bien se sabe por Tácito y Plutarco que el emperador soñó un momento desembarazarse de Agrippa, no es verosímil la causa.

Hacen coincidir otros la visita de Máximo y Ovidio hecha al desterrado Agrippa, cuyo secreto y la esperanza que le dieron de ocupar el trono, confiado por Máximo á su esposa Marcia, ésta le revela á Livia, que inmediatamente dispone de la persona de Ovidio.

Mas estas conjeturas no tienen otra fundamento que una coincidencia de desventuras, no dejando de ser sinó una explicación ingeniosa, aunque nueva, mas no segura, de la causa del destierro de Ovidio, que á ser conspirador político, no hubiera sido tan

formidable, hasta el punto de ser temido por el emperador, y su sentencia en tal caso hubiera sido pública y adaptada á las formas legales de aquellos tiempos.

Pretenden algunos que se hizo cómplice de la conducta de Julia.

Mas ¿de qué Julia? preguntamos nosotros. Pues que Julia, hermana del emperador, hacia diez años que gemia en el destierro cuando se castigó al poeta, y á haber pecado juntos, al propio tiempo hubieran expiado la falta. Si es la pequeña hija del emperador, cuando escribe sus *Amores* aún habia de nacer, repugnando á la naturaleza fuese Ovidio el que escondiese sus amantes, ni guardara sus secretos.

Tan trivial como desposeída de razon y poco digna es la conjetura de los que pretenden explicar su destierro por una mirada furtiva dirigida á la sexagenaria Livia estando en el baño.

Nosotros no rebuscarémos enojosas apreciaciones; sólo dirémos la nuestra, que nos la sugiere el hallazgo de estos versos del mismo Ovidio:

Perdiderint quum me duo crimina, *carmen et error*;  
Alterius facti culpa silenda mihi est

El error de sus ojos, aquel

Cur aliquid vidi? Cur noxia lumina feci?

Es la causa, aunque *secreta*, pero verdadera del destierro del poeta.

Familiar, Ovidio, de Augusto, entrante y saliente á su voluntad de su real palacio, no nos cabe la menor duda que fué testigo por largos años de aquellos devaneos cortesanos que, fiel espejo del siglo de

Augusto, eran sólo dignos de la ciudad nacida de una violacion.

Iniciado Augusto en la política por sus adúlteras intrigas, éstas le hicieron más de una vez perturbar la santa paz del hogar doméstico, no renunciando á sus impúdicos hechos, ni aun despues de haber adquirido el poder supremo. No obstante la amistad con Mecenas, galanteaba á su mujer Terentila, y el benigno ministro sobrellevaba tranquilamente el ultraje, con tal que nada llegase á perturbar su voluptuosa «indolencia», paraíso de los epicúreos. Recibe por primera mujer á Escribonia, para reconciliarse con la familia de Pompeyo, pero tan luégo como dejó de ver un interés en este matrimonio, la repudió por Livia, madre de Tiberio y en cinta de Druso, á la que arrancó de los brazos de Claudio Tiberio Neron, su lejítimo esposo.

Muertos Agrippa y Mecenas, Augusto se deja enteramente dirigir por Livia, que haciendo el sacrificio de su amor propio y de su honra, á trueque de conservar su valimiento, secunda las inclinaciones viciosas de su marido, proporcionándole cuantos deleites queria; oficio á que no se desdeñaban descender los amigos del príncipe.

Ovidio en su elegía tercera del libro primero expone, que no vaya á creer Augusto que fué un crimen lo que no pasó de ser un error, una falta. Nos habla, pues, de un error, de un desliz de sus ojos: esta fué la causa de su destierro; el haber sorprendido á Augusto en algun secreto de sus adulterios ó incestos.

Un hecho doméstico de naturaleza escandalosa, visto por el poeta, algo libre en sus costumbres,

excitó la cólera del Señor, que no quiso por más tiempo en su ciudad á aquel esclavo y cantor de sus gustos, que un dia podria sonrojarle.

Llama Ovidio desdicha é imprudencia á la causa de su destierro, y se escapan de su corazon, al escribir á Mesalina, estas confesiones:

«Yo no he cometido un crimen, todo el mundo lo sabe».

Al preceptor de los hijos de Germánico le dice en otra ocasion: «Que se arrepiente de no poderle confiar un secreto, uno solo»....

Tenia, pues, guardado un secreto, secreto que nunca fué un crimen, causa verdadera de su relegacion. Ved ahí una víctima de la reaccion moral que queria verificar Augusto, ese Luis XIV de Francia, que despues de escandalizar al mundo con sus hechos, quiere dar un ejemplo de gran severidad para cambiar las costumbres. Severidad tardía, que si el pueblo la murmura en voz baja y llora la ausencia de su poeta, y olvida á la vez con los gemidos de la víctima la ilegalidad del castigo, no tardará en ver desaparecer con su coloso el último resto de sus virtudes cívicas.

Puesto Ovidio en el destierro, ansia volver á su Roma, donde tanto habia lucido. Aprende la lengua de los bárbaros de Tomos, para recitar versos que fueron la admiracion de los naturales de la Mesia, y de cuyos triunfos escribe: «Me coronan de yedra, ofrenda que sólo es en honor de poetas elegíacos.»

Al volver de leer su apoteosis en favor de Augusto, acto que le censuramos, dice: «Un bárbaro, entusiasmado por mis versos, me levanta en sus brazos y exclama: «Esto que acabas de leer de César, debiera restablecerte á su Imperio».

Nada más tierno, bello y sentimental que sus elegías *Tristium* y *Ex Ponto*, escritas en su destierro y en los últimos años de su vida.

Los recuerdos de un pasado dulce y alegre, y las amarguras de un presente desgraciado, son la base de estas composiciones; para dar una idea de las cuales, nos bastaria extractar de las *Tristes* su tercera del primer libro.

Recuerda la última tristísima noche que estuvo en Roma, y en la que tuvo que dejar tantas cosas queridas para él: era la noche del 17 de Noviembre (763 de Roma); su casa parecia un cortejo funerario; de sus numerosos amigos en sus felices tiempos, sólo dos estaban á su lado; su hija, su amada hija, se encontraba en el África con su esposo, que ejercia un cargo público. Su esposa invocaba al cielo sollozando, y de rodillas, con los cabellos destrenzados, arrojábase á los piés de sus dioses lares, besando el suelo.

Ovidio queria darse la muerte: sólo los ruegos y lágrimas de su mujer y amigos pudieron contenerle.

Celso, cogiéndole entre los brazos y sobre su seno, le predecia dias mejores.

Le dice su esposa, que mujer de un desterrado. con él partirá, que su suerte es la suya y que con él irá á los confines del mundo.

Tres veces llega Ovidio á los umbrales de su puerta, y otras tres retrocede.

Ruega á su esposa que quede en Roma, pues así le servirá, y por fin sale de la ciudad que tantos males le habia acarreado.

Concluiremos, recordando que siete años pasó en su destierro, que rogó se le permutara por otro de clima más benigno.

Sordos los oídos del César permanecieron, y el ingrato pueblo romano ni siquiera cumplió su última voluntad de ser trasladadas sus cenizas á su patria.

Á principios del reinado del emperador Tiberio, de los 59 á los 60 años de su edad (el 770 de Roma), falleció en Tomos, donde sus moradores, más reconocidos que los romanos, levantaron al poeta insigne un magnífico sepulcro en que se recuerda su proscripción en estos términos:

*Fatum necessitatis lex.*

Hic situs est vates quem divi Cæsaris ira  
Augusti patria cedere jussit humo.  
Sæpe miser voluit patriis occumbere terris;  
Sed frustra: hunc illi fata dedere locum.

Hemos dado fin á nuestro desaliñado trabajo. No ocultarémos que tratamos á Ovidio con gran benignidad. Ajeno á nuestra voluntad fuera ser ingratos con él, que en tan corto espacio sirvió para ocupar la ilustrada atención de nuestros lectores. Ni propio de corazones levantados es cebarse en la desgracia. Respetemos el sagrado de las intenciones de los sábios del siglo de Augusto, ya que sus venerandos recuerdos están velados bajo el misterio de la muerte.



AVE CRVX SPES VNICA.